

Época, Año 4, N° 1243, Montevideo, miércoles 19 de enero de 1966, p. 10.

El tercerismo y Solari (V)

EL TERCERISMO: DE LA POSICIÓN A LA DOCTRINA

Por Carlos Real de Azúa

Nunca me gustaron las destemplanzas. El que se destempla tiene un trabajo doble: destemplarse y volverse a templar. Tampoco tengo el desprecio fácil: todo me interesa y jamás empleo el rechazo como gesto preliminar. Siempre he sostenido que en libros secundarios y aún mediocres puede haber mucho a considerar y -así- repensándolos, aportar algo a temas que, por mal tratados que puedan parecernos, no son menos decisivos. Hasta diciembre de 1965 creo sin duda haber sido quien haya escrito las notas más largas -y seguramente las más aburridas- sobre algunos de estos libros. Me parece cortés decir que ni Solari, como autor, ni el tercerismo como asunto, son secundarios; que el libro que me (y nos) ocupa en el momento no sea definitivo ni magistral, me importa poco. O nada. En cuanto a los términos terroristas su empleo siempre me ha resultado temerario. En todos los idiomas hay vocablos equivalentes a “*macanas*”, “*macaneo*” y “*macanear*” y sé lo mucho que se han usado. Pero también sé que pocos hombres, entre los que han creado algo en el pensamiento, el arte y la vida (y no han sido ecos de ecos de ecos) se han librado de que algún dómine se los aplicara. Por siglos, hisopo, palmeta o vara de medir en mano, los Zoilos y los Valbuenas, los dogmáticos, los seguros, los ordenados, los bien lubricados razonables, los han esgrimido con alegre o cejijunto desprejuicio. De la inmensa mayoría ni el nombre ha quedado; sólo alguno que otro para simbolizar rápidamente la clase. Me parece abusivo y hasta retórico recordar que con sus incriminados ocurre lo contrario; el mero lector del “*Reader*” podría hacer una lista de los fundadores de la cosmología moderna, de los de la física y la biología contemporáneas, de los primitivos pensadores del socialismo, de los pintores impresionistas y cubistas, de los músicos y poetas de los últimos cien años. Que no me incluya yo como candidato en esta trascendental lista de reivindicados, que ni siquiera aspire a ocupar un renglón en alguna futura y escuálida historia de las ideas en el Uruguay es obvio y negligible. Recordar ciertas cautelas no lo es. Y a otra cosa.

Creo que está probado que el libro de Solari es un “*ensayo*” y, como tal, tiene derecho a seguir el curso de pensamiento y argumentar que sigue. Con el más vehemente deseo de atender y/o entender, desterrado de mí todo “*animus jocandi*”, cálome las gafas, cojo el libro, ábrole en la página 5 y debajo del título, a renglón 3 (de un texto discontinuo) leo: “*ensayo*”. A esta designación global me atuve y hay que atenerse, sobre todo cuando lo que sigue lo confirma tan plenamente. Que

Solari sea director de un Instituto de Sociología nada tiene que ver y, si se quisiera emplear el argumento “*ad absurdum*”, es evidente que un sociólogo no declara su amor con citas de Talcott Parsons (aunque conozco alguno capaz de hacerlo). Tampoco me resulta decisivo que Solari alegue empleo de “*fuentes documentales*” y voluntad de “*objetividad*”. Esto no basta para desplazar un enfoque desde el “*ensayo*” hasta la “*ciencia*”, y si bien no niego que pueda existir contradicción, ésta se me aparece como más importante, más reveladora y sobre todo más fértil que cualquier reseca y cuidadosa coherencia. Porque cala -aunque esto es asunto largo- en el más dramático conflicto de la sociología contemporánea. Es el conflicto que existe entre la elaboración de un instrumental metódico de excepcional pulcritud y la contundente realidad de que buena parte de sus logros más inteligentes, más útiles, más cautivantes, no lo emplee sino en forma muy limitada y parcial. Pero lo que en ello se haya implicado me desviaría demasiado del asunto presente.

Pasando a otro tema, me gustaría que alguien me demostrara que las dualizaciones ideológicas del mundo parten de 1947 y, en caso contrario, de que las abstenciones a conscribirse en las que le precedieron nada tuvieron que ver con el tercerismo nato en 1947. Vuelvo a insistir en mi convicción de que todo tiene que ver con todo o, si quisiera hablar pedantescamente, en el principio cósmico de la “*menesterosidad*”, en la “*ley de la heteronomía universal*”. Sé de sobra que hay diferencias muy grandes entre el “*tercerismo*” -forma de llenar, postura, ente casi fantasmal si limitada, curialescamente, se lo entiende- y doctrinas tan sustanciales como el nacionalismo, el liberalismo, el socialismo o el humanismo. Pero yo agregaba algo a punto seguido del párrafo que en MARCHA se transcribe. El párrafo entero era así: “Ni el liberalismo, ni el socialismo, ni el nacionalismo, ni el humanismo tienen un origen preciso: fijado un punto de partida, siempre se puede ir tras de él, hasta llegar a Adán o al antropoide. **Yo no digo que el ‘tercerismo’ sea una corriente tan trascendental como las que recién enumeré pero, de cualquier manera, posee algo en común con ellas: es de naturaleza ‘ideológica’, por más que pueda pensarse que es sólo el esbozo, o el torso, o la seña de una ideología.**” Y agregó ahora: no es un recurso polémico demasiado bien visto mutilar las transcripciones para tener razón contra viento y marea. Chicana típica de viejos letrados no nos fue enseñada por cierto en nuestra querida Facultad de Derecho.

Que este esbozo ideológico que el tercerismo ya representaba provocó polémicas en el Uruguay durante las últimas dos décadas también está demostrado. Me acuso, eso sí, de haber envejecido mis ejemplos: los dos que traje a colación son apenas dos niñas bonitas: tienen la modesta edad de quince años. Si mañana digo que algo ocurrió en el último cuarto de siglo tendré mucho cuidado de verificar si ya estaba sucediendo en enero de 1941.

Y establecido todo esto, entremos en lo importante.

EL TERCERISMO MÚLTIPLE Y AMBIGÜO

Supongamos por cautela metódica que el tercerismo haya sido o sea todavía una mera postura, una posición, una actitud. Cuando una actitud se adopta y esa actitud, como en el caso presente, no sólo es difícil sino que importa riesgos y opciones eventualmente onerosas, parece de buen sentido pensar que ella se adopta **en nombre de algo**. Suponer lo contrario es trasladar la teoría del “*acto gratuito*”, preconizada por André Gide en sus novelas, al ámbito, tanto más dramático, de las pujas políticas e históricas.

Ese “*algo*”, en nombre del cual se adopta una actitud, puede ser, ciertamente, muy diverso. Ideas e ideales, pasiones, principios, intereses, admiten representarlo. Aunque observaré que, sean de la índole que fueren, siempre tenderán a racionalizarse, a condenarse en fórmulas y lemas, a conceptualizarse, a poseer valor declarativo. Simple y esquemático o complejo y ambicioso involucrará, infaliblemente, una respuesta a las cuestiones más candentes, más urgentes que el orden político-social plantea. Y para disipar equívocos y soslayar discusiones ociosas, digamos, si se objeta la palabra “*ideología*” (perfectamente válida y defendible por otra parte), que el término “*doctrina*” es igualmente idóneo.

El tercerismo si no es plenamente no implica menos **una doctrina**. Se dice que como posición fue preconizado desde muy distintas perspectivas ideológicas y ello es enteramente cierto. Que hay un tercerismo anarquista es indudable, por más que si atendemos a la realidad uruguaya algunos destacados anarquistas se hayan pasado con armas y bagajes a la segunda (o primera) posición. Que hay un tercerismo de la izquierda occidental ajena a la disciplina comunista tampoco es discutible. Que los movimientos antimperialistas de América Latina, África y Asia promovieron poderosamente la actitud tercerista, no es fácil de refutar. Que hubo un tercerismo de matiz conservador y aún reaccionario posterior a la segunda guerra mundial representa un fenómeno muy fácilmente explicable. Alguna vez lo llamé tercerismo del “*ahí te pudras*” y fue preconizado por quienes habían apoyado la causa del Eje nazi-fascista en sus proyecciones mundiales. Dualizado el mundo entre EEUU y la URSS tras la derrota de su bando, se lavó rencorosamente las manos y convocó las iras del cielo tanto sobre Stalin y su pueblo como sobre el “*judío Roosevelt*” y el suyo, que le habrían servido al primero el festín de la victoria.

Me saca de esto, que es ya casi mera anécdota recordar que estos “*terceristas de derecha*” son hoy, en su gran mayoría, fervorosos proyanquis (un traslado ideológico que especialmente en la Argentina es muy visible). De la minoría, que siguió otro camino, habría también mucho que hablar y del caso de Brasil se desprendería una conclusión menos penosa.

Vuelvo a repetir: perspectivas ideológicas muy distintas, perfectamente deslindadas, parecen haber contribuido al primer tercerismo. Pero ni aún ahora el tema puede dejarse en este estado. Porque por muy distintas que fueren, existen entre las ideas y las posturas de los hombres más “*vínculos sutiles*” de los que las mentes esquemáticas suelen admitirlo. Sobre algunos de estos vínculos que se urden sobre las aparentes distancias ideológicas habrá que explayarse un poco. Tal es el caso del nacionalismo que, por más diversamente entendido que haya sido, constituye el común denominador de varias actitudes. Pienso también en otros, menos evidentes y que, por muy variablemente que también se interpreten, aproximan -no horrorizarse- las perspectivas anarquista y conservadora. La inclinación por la pluralidad -o la diversidad- frente a la homogeneización social que las dos superpotencias parecen representar. O el gusto por una sociedad “*a la medida humana*” contra todo gigantismo, ya sea éste monopólico o estatal, burocrático o “*corporativo*”.

Las anteriores reflexiones me llevan a lo que pudiera llamar algo presuntuosamente mi tesis. Una tesis que, para mayor claridad (aunque profese muy poca simpatía por tal presentación), voy a enunciar por medio de ordinales:

1º: El tercerismo comenzó siendo una “*posición*”.

2º: Esta posición se adoptó inicialmente en nombre de ciertos “*valores*”, “*principios*” políticos o “*doctrinas*”, que pudieron ser diversos aunque no carecían de algunos -tenues y rastreables- comunes denominadores.

3º: El curso de la historia durante las últimas dos décadas ha ido condensando tras la posición tercerista una verdadera postulación doctrinal. Una “*ideología*” (¿por qué no?) que recibe tanto sus inflexiones de los aportes intelectuales de Occidente como de la reflexión y esclarecimiento teóricos (por aquí anda la tan abusada “*praxis*”) que proporciona la lucha por la liberación que libran las naciones del Tercer Mundo.

4º: Esta marcha de la “*posición*” hacia la univocidad de una doctrina que la explícita y afirma implica -correlativamente- la expelencia de ciertos matices o direcciones ideológicas que la respaldaron en su primera hora.

5º: Tal cambio conlleva también la creciente ineptitud del término “*tercerismo*” para designar lo que se halla en curso de promoción. Es una palabra que carece de aura emocional y hasta de sustancia; es un rótulo que funciona infelizmente subordinado a la existencia de otras entidades -y dos- previas a él. Aún si en el mundo, lo que es difícil de demostrar, no existieran más que esos otros dos contendientes parece urgente superar este término que lo mediatiza a sus pujas. La

designación que lo reemplace no está todavía alta en el horizonte pero la historia nunca se ha detenido por la falta de un vocablo.

6º: Por todo lo anterior, quien intente lo que -usando una expresión de Alfonso Reyes- cabría llamar una “*fenomenología del ente fluido*”, debe renunciar a toda seguridad dogmática sobre lo que el tercerismo sea o deje de ser. En primer término, por su extrema sensibilidad a las variantes de la situación mundial y, en especial, a las tensiones interimperialistas. En segundo lugar, por la gran heterogeneidad de los aportes que integra, por la multiplicidad de planos en que puede darse, por la peculiaridad de actitudes que puede promover. En último término, lo único que se puede enunciar con seguridad es qué clase de tercerismo rechazamos o qué clase de tercerismo prohijamos. Sospecho que Solari se dedicó bastante a la primera tarea y yo me estoy afanando en la segunda.

Aunque todo esto -el cuento es largo- exige aclaraciones. Para reanudar el hilo del que me separó este pequeño interludio polémico, completaré -si ÉPOCA me soporta- las observaciones al planteo solariano del antimperialismo. Reflexionar sobre sus afirmaciones algo sibilinas en torno al nacionalismo viene después. Y enseguida, antes de meternos más adentro, intentar lo que ya es insoslayable: una tipificación y/o clasificación de los distintos “*tercerismos*”.

Esta es la quinta de una serie de notas sobre el libro de Solari: **El Tercerismo en el Uruguay** (Alfa, 1965).